

LA POESÍA COLOMBIANA EN LA TRANSICIÓN DE DOS SIGLOS

UNA LECTURA PERSONAL

The Colombian poetry during the transition of two centuries: a personal reading

A poesia colombiana na transição de dois séculos: uma leitura pessoal

Por:

Carlos Patiño Millán

Profesor Escuela de Comunicación Social
Universidad del Valle
carlos.patino@correounivalle.edu.co

Resumen: Este ensayo pretende dialogar con la crítica, con los poetas colombianos y sus libros. En un país que se caracteriza por el ensimismamiento, el diálogo se extraña y se hace necesario. El texto propone, a manera de reflexión provocadora, una mirada particular sobre algunos de los más importantes poetas y movimientos poéticos colombianos de los siglos XX y XXI. A la vez que plantea otra lectura e interpretación quiere situar, en su contexto, unas voces y unos textos, una historia que es la historia de la poesía colombiana.

Palabras Clave: Poesía colombiana siglo XX, Poesía colombiana siglo XXI, Literatura colombiana.

Ilustraciones: María Isabel Vélez

Abstract: This essay pretends to debate with the critics, with the Colombian poets, and their books. In a country characterized by its self-absorption, debates are missing and become necessary. This text proposes, in a provoking way, a particular outlook on some of the most important poets and 20th and 21st-century Colombian poetry movements. At the same time, it provides another reading and interpretation aiming to place, in its context, some voices and texts, a story that is the History of Colombian poetry.

Keywords: 20th-century Colombian Poetry, 21st-century Colombian Poetry, Colombian Literature.

Resumo: Este ensaio pretende dialogar com a crítica, com os poetas colombianos e os seus livros. Num país que se caracteriza pelo ensimesmamento, o diálogo é necessário. O texto expõe, como uma reflexão provocadora, uma visão particular sobre alguns dos mais importantes poetas e movimentos poéticos colombianos dos séculos XX e XXI. Ao mesmo tempo, expressa outra leitura e interpretação que quer situar, no seu contexto, umas vozes e uns textos, uma história da poesia colombiana.

Palavras-Chave: Poesia Colombiana Século XX, Poesia Colombiana Século XXI, Literatura Colombiana.

> "Basta ser un lector exigente para comprobar que la historia de la literatura colombiana, desde los tiempos de la Colonia, se reduce a tres o cuatro aciertos individuales, a través de una maraña de falsos prestigios".
> Gabriel García Márquez (Cobo Borda, 2003)

> "… si uno escribe cosas bellas, se las presenta al ángel el día del juicio final: entonces uno va a salvarse por la belleza. Bueno, en Colombia nos salvaremos… El país se salvará por *Cien años de Soledad* ¿Verdad? Y España por *El Quijote*."
> Giovanni Quessep (Bonnet, 2003)

Tres poetas se quitan la vida

Tres suicidas, tres suicidios marcaron la poesía colombiana en el siglo XX: las muertes por propia mano de José Asunción Silva (1865-1896), Raúl Gómez Jattin (1945-1997) y María Mercedes Carranza (1945-2003). Entre Silva y Carranza hay un largo paréntesis y un vasto reguero de muertos.

> "Un pueblo incapaz de darle la cara a los males se merece su postración y su angustia. Pero cuando uno se pregunta dónde están los que protestaron, los que se rebelaron, los que exigieron, los que se creyeron con derecho a reclamar un país más justo, más respetuoso, el pensamiento se ensombrece. Los héroes están en los cementerios, nos dice una voz al oído. Y entonces recordamos aquella pieza teatral en la que un personaje exclama: "¡Desgraciado el país que no tiene héroes!", y otro le responde: "¡No, desgraciado el país que los necesita!" (Ospina, 1996).

Poesía, muertos, paz de los cementerios. Explica nuestro sabio más popular: la culpa de todo la tiene el inclemente clima. Escribe Jaime Jaramillo Uribe (1997):

> "(…) el estudio sobre la influencia del clima en las costumbres y la moralidad de los hombres, que siguiendo los pasos de Montesquieu emprendió Caldas, lo colocaron ante la evidencia del conflicto. Si la moralidad o inmoralidad de la conducta depende de la latitud, del calor o el frío, como llegó a afirmarlo con cierta simpleza e ingenuidad en su *Ensayo sobre la influencia del clima en los seres organizados,* entonces no sólo quedaba en entredicho la moral tradicional, la perenne moral cristiana, sino también el concepto de responsabilidad del hombre por sus actos".

Una parte del país se separa a la fuerza del otro y lo condena al naufragio, al ninguneo, a ser la puerta y el puerto de nadie. Dice Antonio Morales Riveira (citado por Solarte Lindo, 1998):

> "Históricamente, Colombia nunca se organizó como país. Ni siquiera desde los inicios de la «nacionalidad» colombiana, cuando la invasión occidental de Cristóbal Colón y el proceso posterior de conquista, ni desde la formación misma de los núcleos sociales que existían antes de la llegada de los españoles y que recibieron el mazazo ideológico, ético y estético de la Conquista y de la violación de su existencia. El país, incluso desde el punto de vista de la organización social precolombina, no se formó como tal, no se armó como Estado y por eso jamás se generó nación de ningún tipo".

"Colombia es una tierra de leones", recita Rubén Darío. Leones no hay, tampoco gran inmigración y el gorro frigio solo es sinónimo de libertad y republicanismo en el escudo. Dios y patria. Con todo, el país conservador, pobre y atrasado cosecha cierta reputación cultural en el siglo XIX: el historiador y erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo habla de la Atenas suramericana para referirse a Bogotá y el argentino Miguel Cané caracteriza a Colombia como república de catedráticos. La élite aplaude pues se da por aludida.

> Décadas de conservadurismo, tradición, orden. Valles, desiertos. Tedio, sopor, sudor. Todo es cuestión de pronunciación: un político le enrostra a otro su incapacidad para hablar bien en latín[1]. Una caravana de vehículos militares, cargada con explosivos, borra parte de un pueblo y lo convierte en ciudad. Desiertos, valles. Calor, borrachera, machetes al cinto. Trapos azules, rojos.
>
> Un incidente de guerra contra un país vecino y una interminable guerra declarada contra nosotros mismos. Montañas, mares verdes. Un país nacional y otro político. Ha sido imposible que aparezcan nuevos actores sociales y políticos en el escenario nacional. Todos sabemos qué les pasa. Invisibilidad, desaparición real e imaginaria del otro. La dictadura militar es una estridente silbatina bañada por sangre en la Plaza de Toros de Santamaría.

Frente Nacional: clientelismo. Según Marco Palacios y Frank Safford (2006) el resultado del Frente Nacional fue "la modernización del clientelismo". Democracia pactada en balnearios españoles, jefes de partido en pantalones cortos y gafas de sol. Modelos, modelitos.

"Colombia no tiene perdón ni tiene redención. Esto es un desastre sin remedio" (Vallejo, 1995). La constitución se interpreta al antojo del presidente de turno. Los intersticios jurídicos permiten huir al primer mandatario, al senador, al ladrón, al bufón. Crucigramas no resueltos. Si lo tiene, tráigalo. Ni libertad ni orden; el cóndor de los Andes, *Vultur gryphus Linneo,* se llevó los símbolos volando en su pico.

Elites inamovibles parlotean en inglés y francés. Gente culta, seria. La historia universal vista y leída desde la sabana de Bogotá. República de los bobos descrestados: todo aquel que cruza la frontera cuenta los lujos que hay del otro lado pero sólo trae de recuerdo una baratija. Desastres naturales. Tras las lluvias incesantes, los ríos se desbordan. Tras la sequía, se le reza a Dios para que haga el milagro. Imágenes de la Virgen o el Divino Niño aparecen cada ocho días en algún lugar remoto de la abrupta geografía. Buñuelos a medio morder, paredes a punta de desplomarse. Todo aquel que se siente bendecido por el azar corre a agradecerle al Señor de los Milagros de Buga su suerte.

Sicarios, café. El segundo lírico de la lengua castellana, el segundo himno más bello del mundo, siempre segundones. Ciclismo, fútbol, boxeo. Cocaína, marihuana, heroína. Un hermoso volcán recuerda su nombre y borra, de un tajo, el nombre de un fértil pueblo haciéndolo todavía más fértil. Selvas infestadas de secuestrados que oyen pronunciar sus nombres en la radio.

En nuestro caso, "epatar al burgués" significa empatar con la Unión Soviética y Alemania en fútbol. Se sacude el polvo, se deja la telaraña. Un caudillo es asesinado puntualmente a la una de la tarde y el país se incendia sin horario. El cadáver del asesino luce dos corbatas (González, 1998). Ríos de sangre. Sangre de justicia social. Hombres deambulan vestidos de negro en la capital y de todos los colores de la pobreza y la desnudez en el resto del país ausente. Recuerda Gabriel García Márquez (2002) que,

> "Bogotá era entonces una ciudad remota y lúgubre donde estaba cayendo una llovizna insomne desde principios del siglo XVI. Me llamó la atención que había en la calle demasiados hombres deprisa, vestidos como yo desde mi llegada, de paño negro y sombreros duros".
>
> Fotografías en sepia. Borrada la memoria, se brinda por el instante.
> Pobreza en medio del esplendor.

En Colombia se habla el mejor español de América. "El historiador comunista Nicolás Buenaventura declaró alguna vez que cuando alguien le felicitaba por la pureza de su español siempre pensaba en los doscientos mil muertos que ella le había costado al país" (Palacios & Safford, 2006). Dos costas, beatos, un cura guerrillero es sacrificado miserablemente por el cobarde jefe de su tropa. Dos reinas universales de la belleza, guacas, un avión repleto de armas aterriza en la mitad del río Orteguaza. El Palacio de Justicia arde. El presidente poeta toca su lira. Guerrilleros y militares, armados hasta los dientes, se matan entre sí. La tierra arrasada sirve para *mantener la democracia, maestro.* Una isla fue cárcel, la otra es un paraíso del contrabando. Arribismo social, exclusión, discriminación a negros, indios y mulatos. Riqueza en manos de unos cuantos. Colombia: nueva administración, siga usted.

Penurias intelectuales y amorosas. País forjado por el hierro del Catecismo del Padre Astete y el "Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos en el cual se encuentran las principales reglas de civilidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales, precedido de un breve tratado sobre los deberes morales del hombre" de Manuel Antonio Carreño. Si la patria es la del silencio mudo, que la diáspora hable. Aduce R. H. Moreno Durán (1987): "ser escritor colombiano fuera del país es la más palpable forma de encarnar una ficción que ni siquiera es jurídica". Si la belleza es lo esencial, la ceguera está a la orden del día. Colombia: ambiente familiar, directamente atendido por su propietario.

Un mafioso arrodilla a todo un país. Ese mismo capo le dedica a su amante el libro "Veinte poemas de amor y una canción desesperada" de Neruda. Legamos palabras al diccionario: *traquetos, cocinas, enfierraos, lavaperros, prepagos.* Apodos: *Sietecolores, Chupeta, Chéchere, Rasguño, Jabón, Tirofijo.* Inventos: la cocaína sale por cielo, mar y tierra escondida en los más disímiles soportes: guayos, dulces, maletas, artesanías, instrumentos musicales. Fuegos fatuos: el único novelista del país dice del escritor de una novela llamada *Melodrama*: "éste es uno de los autores colombianos a quien me gustaría pasarle la antorcha".

Colombia siempre ha sido y será una isla: el Japón de Suramérica, el Tíbet de Suramérica, el Israel de Suramérica. Un país se arrodilla ante el narcotráfico. Carteles de la droga, las multinacionales que da la tierra. Guerrilla, paramilitarismo, crímenes de Estado. Cuando brinda, un líder guerrillero agita un vaso con Buchanan´s y deja ver su reloj Rolex. Un líder paramilitar es interrumpido por el filósofo francés Bernard Henri-Lévy mientras lee la Biblia (todas las noches). Sobre su mesa hay libros de Orianna Fallaci, Gabriel García Márquez y Mario Benedetti. Un líder del ejército colombiano cita a un autor griego y sugiere a las mujeres de los guerrilleros abstenerse de tener relaciones sexuales para obligarlos a dejar las armas.

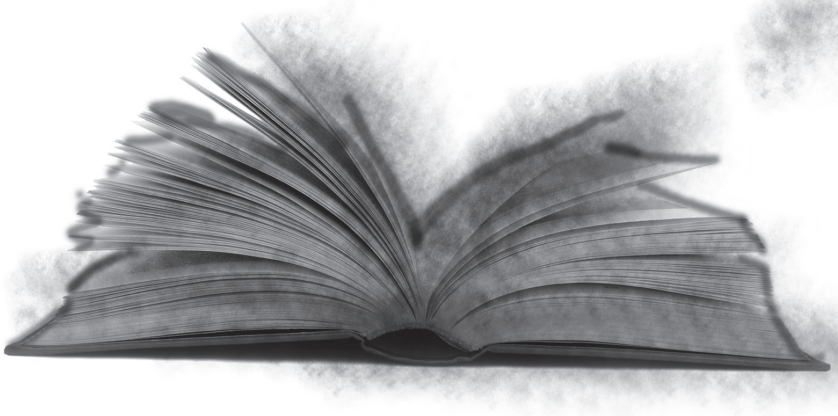
Ni asomo de vanguardias, ni asomo de revolución. Machismo, sexismo. Los manifiestos nadaístas son para partirse de la risa: su autor dice que los patrocina una supuesta fábrica de papitas Juan XXIII. Pamplinas, la próxima semana más cuentachistes. Los muertos votan, cédula en mano. En un cementerio mientras se entierra a un candidato,

se elige a un presidente. Extradición. Una tumba en Colombia y otra tumba en Estados Unidos.

Un Nobel, un único efecto mariposa en toda nuestra historia. Las amarillas aletean en la gélida Estocolmo y desatan una tempestad de nieve en Aracataca. No habrá nunca más otro Nobel, los científicos nacionales pasan sus días descubriendo el agua tibia o culpando al clima de nuestros males. Renglones subrayados en libros prestados, ajenos, robados. Nadie lee. Gente analfabeta gobernada por exquisitos gramáticos. Siendo presidente de la República de Colombia, Alberto Lleras Camargo (citado en Cobo Borda, 2003) afirmó: "la poesía era el primer escalón en la vida pública y se podía llegar a la Presidencia por una escalera de alejandrinos pareados". Corrupción, caspa, costumbres. Un niño, nacido durante el secuestro de su madre, es mitad de acá y mitad de allá. Gotas amargas.

La gente, siempre la gente. El pueblo. Nadie le quita lo bailado. Nos burlamos de nosotros mismos con una sevicia única, malicia indígena, suspicacia criolla. Generaciones de humoristas y repentistas han puesto a pensar y a llorar al país. Risas; en medio de todo, la gente también ríe y goza, es vital. Dice Antonio Caballero entrevistado por Andrew Graham Yooll (2008):

> "Colombia es un país rebosante de energía y la mayor parte de las cosas atroces que ocurren aquí son manifestaciones de energía, esa violencia desmesurada es una violencia cuyo origen es sano, digámoslo así, es decir es una violencia de energía, no es una violencia destructiva. Naturalmente, que esa violencia crea toda suerte de destrucción, pero a mí me parece que aun cuando podamos vivir todavía cosas espantosas durante muchos años serán expresión del crecimiento, porque comparando Colombia con Perú hay que decir que este último es un país atroz, un mundo que parece hundirse en un abismo. La violencia colombiana es juvenil, vital, espantosa es cierto y los políticos son corruptos, y la guerrilla sigue matando inocentes y además están los narcos, etc., pero Colombia está llena de vitalidad" (Graham Yooll, 2008).



Antes que "la tradición de la pobreza" (Cobo Borda, 2003), en Colombia parece reinar la tradición de la muerte: la física, la espiritual, la política, la social, la cultural. Escriben Palacios y Safford (2006): "cuando al último relevo de siglo los índices de desempleo urbano y de violencia política alcanzan las cuotas más altas de los últimos años, es difícil pensar que los colombianos puedan sentirse más cerca de las puertas del cielo". Pese a las risas y al gozo. Todo bien, todo bien. Bienvenidos al futuro. Pese al Nobel y sus mariposas amarillas. *A pesar de los pesares*: ese es nuestro *Cantar de los Cantares*.

La pobreza es nuestra riqueza

> "La colombiana es una poesía pasmada, abortada, rezagada, comiéndose las uñas, modosita, sin grandes ambiciones, bien portada, siempre tímida, temerosa de pasar la raya o lanzarse al abismo. De pronto un autor logra destellos, pero luego se silencia, calla por temor y desaparece en la oscuridad. Es como si el poeta colombiano, cual niño aplicado, supiera que hay un límite imaginario que no puede pasar, y teme lanzarse a la aventura del bosque por temor al lobo, abomina descubrir nuevos yacimientos, parajes, cavernas, remolinos, fangos, arenas movedizas".
>
> Eduardo García Aguilar (2001)

La nuestra es una poesía menor, provinciana, poco importante, "pobre en recursos" y "pobre en imaginación" (Cobo Borda, 2003). La poesía colombiana –así las cosas- es la suma de unos pocos versos memorables y muchos otros olvidables ("Nocturno[2]" y "Leyendo a Silva[3]" de un lado, miles del otro), revistas literarias (*Los Nuevos, Mito, Eco, Golpe de dados, Acuarimántima*), vates muertos, inspiración, bohemia y malos tragos. Señala Rafael Gutiérrez Girardot (1980):

> "(…) el signo bajo el cual se inició la literatura colombiana en el siglo XX fue el de la simulación. En la viñeta que dibujó Valencia y que veneraron sus admiradores aparece el Maestro con rasgos realmente inverosímiles: los de Goethe y los de Nietzsche, con los rasgos que inventó la leyenda provinciana de Guillermo Valencia, y que nada tienen que ver con las figuras históricas".

La Violencia -así en mayúsculas- es su meridiano, su línea ecuatorial. Se discute la existencia de un atisbo de vanguardia criolla con nombre propio (Luis Vidales o León de Greiff, si se arriesga). Poetas cambian de máscaras como de calzoncillos: Miguel Ángel Osorio se convierte en Maín Ximénez, Ricardo Arenales y Porfirio Barba Jacob. Este autor se dedica a cantarles loas a los verdugos[4]. Encuentren un verdugo, en Colombia le tenemos su poeta.

"Soy una especie de santo sin milagro[5]". El acné juvenil y la insolencia se llaman Nadaísmo. Gran trasgresión es pisar hostias, esa es la gracia nacional. Fetidez en plena iglesia, que corran los escribanos católicos. Conocidos son los afanes parricidas y los

> previsibles arrepentimientos, las rupturas en el papel, las imágenes trasnochadas y el notorio afán por estar al día, por renovarse, por pertenecer a alguna parte, aun si esa parte es la sombra de un mustio poeta español (*Piedra y cielo*).
>
> Aquí los poetas tienen padre extranjero: Homero, Luis de Góngora, Emily Dickinson, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, William Carlos Williams, Vicente Alexandre, Pablo Neruda, Jaime Gil de Biedma, Constantino Cavafis, José Agustín Goytisolo, los hermanos Panero, Georges Bataille, los beatniks. Poeta huérfano: siga con confianza, reclame padre.
>
> País del todo o nada: todo intelectual es sospechoso hasta que demuestre lo contrario, no hay poetas, no hay lectores, no hay poesía, no hay poetas malditos, no hay poetas místicos (salvo que entendamos por místico a Hernando Domínguez Camargo y su "Poema heroico de san Ignacio de Loyola" de 1666). A lo sumo hay poetas que leen y hablan en otras lenguas (Jorge Gaitán Durán y Eduardo Cote Lamus). No hay poetas pero pululan los poetas de familia como pintores de fin de semana. "Éste es el que escribe en la familia", dice Darío Jaramillo Agudelo (citado por Piedad Bonnet 2003). Generaciones sin nombre ni espacio visible tardan años en entrar, tímidamente, en los libros de historia. Sombras. Hay figuras aisladas, núcleos generacionales, voces reconocidas e ignoradas en un país atravesado por fantasmas, desplazados y desaparecidos.

"En Colombia la calidad es clandestina" (Moreno, 1987). Se asiste a un variopinto espectáculo para la galería, variable según soplan los vientos: los poetas son bajados del pedestal por reaccionarios (Guillermo Valencia y Eduardo Carranza), entronizados por asumir posturas que pueden leerse como progresistas (León De Greiff y Luis Vidales), neutralizados al ser descritos como referencias (Aurelio Arturo y Giovanni Quessep), lanzados a la calle, a su suerte (Raúl Gómez Jattin y Darío Lemos), olvidados y borrados (Carlos Obregón y Alberto Ángel Montoya), señalados y perseguidos como viciosos (Gonzalo Arango y Porfirio Barba Jacob), asesinados (Julio Daniel Chaparro) y conducidos a su muerte (José Asunción Silva y María Mercedes Carranza)[6].

Este país ha visto de todo, lo sagrado y lo profano, lo bello y lo siniestro, pero ha escogido vivir en el término medio, en la áurea mediócritas, para citar la expresión de Jaime Jaramillo Uribe. No tenemos poetas pero sí hay público para escuchar a los poetas: que lo digan los miles de asistentes al Festival internacional de Poesía de Medellín en todas sus versiones.

No hemos tenido un Jorge Luis Borges, un Octavio Paz, un César Vallejo, un Pablo Neruda. No hemos tenido una Gabriela Mistral, una Juana de Ibarbourou, una Alejandra Pizarnik, una Blanca Varela. No hemos tenido un Andrés Bello, un Alfonso Reyes, un Macedonio Fernández. No hemos tenido editoriales como Losada, Suramericana, Emecé. Ciertamente hemos sido marginales para la gran tradición y entre nosotros mismos[7].

Por todas esas razones cabe decir que la carta de presentación de la poesía colombiana sigue siendo Silva (del mismo modo que la carta de presentación de la literatura colombiana es Gabriel García Márquez[8]). No todos lo ven así: "Silva se está convirtiendo en un caso evidente de mitificación para gustos provincianos, donde la tragedia del hombre se convierte en deliciosa película de terror", provoca Eduardo García Aguilar (2001). Con todo y sus detractores, a la espera del milagro en plena sequía, todavía Silva sigue siendo el poeta nacional.

Silva abre la puerta, Carranza apaga la luz. No importa que el suicidio de Silva ocurriera en las postrimerías del siglo XIX, tampoco que el suicidio de Carranza hubiera ocurrido en los inicios del siglo XXI; él y ella representan el siglo XX en Colombia, hablando en términos poéticos. *Muy poético*: el doctor Juan Evangelista Manrique dibujó, en el cuerpo de Silva, el sitio exacto del corazón el 23 de mayo de 1896. El 24 de mayo el poeta fue hallado muerto en su habitación. *Muy poético*: el 10 de julio de 2003, después de finalizar sus labores en la Casa Silva, Carranza fue a su apartamento y se mató. Dice Daniel Samper Pizano (2003):

> "Hace ciento siete años, en el despacho contiguo al que ella ocupó en la calle catorce con carrera tercera, el dueño de casa se pegó un tiro fatal. Previamente, el médico de la familia le había dibujado en el pecho el sitio exacto donde late el corazón. José Asunción Silva murió agobiado por la vida. María Mercedes ha terminado por imitarlo agobiada por la muerte. En la mesa de noche, donde reposaban los frascos vacíos de píldoras antidepresivas, su única hija Melibea, encontró la carta de despedida. Le hablaba del amor y de la juventud".

Poeticemos el suicidio pendiente. El poeta está de pie, desesperado. Que no espere más. Es absolutamente inmoral detener la carrera de un suicida hacia la muerte[9]. Dice Harold Alvarado Tenorio (2013)

> "(…) como se sabe, Gómez Jattin sufrió de severos trastornos de personalidad que en sus últimos años le llevaron a incendiar cuartos de hoteles, desnudarse en sitios públicos, golpear a sus amigos, etc. Su muerte fue causada por el odio que había generado entre los cartageneros con su comportamiento agresivo."

Muy poético: el 22 de mayo de 1997, en Cartagena, Raúl Gómez Jattin se tira al paso de un bus y muere atropellado.

Silva, Jattin y Carranza: sus vidas y muertes cubren a todos los poetas colombianos, aun a los que jamás los han leído. Todo poeta arrastra a sus poetas. Nosotros arrastramos sus sombras hacia nuestras sombras. Y eran una, tres. ¡Y eran una sola sombra larga![10]

Se ofrece servicio gratuito de entronización y defenestración:
Que pase el poeta

> "Estos grupos tribales vivían en guerra permanente. Algunos estudios de estas culturas suponen que las guerras se libraban por el control de la tierra, dada la fuerte presión demográfica. Otros, como Hermann Trimborn, las analizan a la luz de motivaciones simbólicas y políticas. Según él, no eran guerras totales en el sentido de que un grupo buscara aniquilar al adversario. Más bien la guerra servía a los jefes para confirmar y fortalecer su autoridad. Dice Trimborn que el canibalismo, asociado con la guerra, tenía un carácter mágico pues los vencedores creían que al consumir al vencido de esa forma adquirirían su fortaleza y arrojo."
>
> Marco Palacios y Frank Safford (2006)

No todos ven sombras, nuestras sombras, en Silva, Jattin y Carranza. Algunos no ven nada o ven ovnis. Se critica por criticar antes que *situar críticamente* a los poetas. Se insulta, se niega, se desaparece al poeta y a su obra. Harold Alvarado Tenorio (2013), poeta y crítico, sepulta al poeta Mario Rivero, así:

> "Mario Rivero, seudónimo de Mario Cataño, es uno de los mitómanos de la farándula colombiana más singulares, cuya vida, más que su llamada obra poética, amerita una novela, o una biografía como la que hizo Fernando Vallejo de Barba Jacob, con quien Cataño tiene más de una analogía, al menos hasta el momento que comenzó a disfrutar de la gloria y los frutos de sus bizarras empresas bursátiles. Nacido, al parecer, en Envigado, la misma patria de Pablo Escobar, hijo de un obrero de una fábrica de telas, recorrió, como correspondía a un típico vástago de la Antioquia pendenciera, todos los caminos del calvario hasta llegar al monte de los Olivos de la satisfacción que da la fama y la fortuna. Según todas las malas lenguas, Cataño habría sido veterano de la guerra de Corea, trapecista de circo y domador de elefantes, contrabandista y vendedor de refrigeradores, enciclopedias y colecciones de premios Nobel, cantante de tangos en el bar Manhattan de Mario Vélez y El Rosedal de doña Blanca Barón, "manager" de boleristas, empresario e inventor de hojas de vida de toreros, locutor de radio, marchante de obras de arte, "crítico" de arte, vendedor de esmeraldas, cambista de moneda extranjera, avicultor, técnico en maquillaje de estrellas y gigoló de viejas damas de los radioteatros de la capital de Colombia, aparte de un consuetudinario enamorado de las secretarias de las oficinas de los abogados de la carrera séptima, a quienes habría conquistado con un método tremendamente eficaz: medio pollo asado y un par de zapatos de tacón alto de los almacenes Ley."

Así ha sido antes, así es. Tomemos el caso de Eduardo García Aguilar y su diatriba. En este ejemplo, uno más (hay otros), parece quedar claro que se acude –la más de las veces- a la afrenta personal antes que asumir el esfuerzo por dialogar con la obra, por leer el poema como texto y estructura.



No hay crítica (o sí la hay) pero su rostro es la maledicencia: si no hay poesía, que no quede piedra sobre cielo; si no hay poesía, que no se hable de tradición, ni siquiera de la pobreza. Costumbre nacional es la de tirar piedras a las estatuas, los transeúntes, los vecinos, los perros, los gatos, los indigentes, a todo el mundo. ¿Por qué se iban a salvar los poetas?

García Aguilar (2001) reconoce algo, un indicio, pero enseguida arremete:

> "en el inicio de lo que se ha querido llamar poesía moderna colombiana, nos encontramos con los tres padres fundadores: Silva, arquetipo del fracasado suicida que se malogra, Julio Flórez, maldito beodo vestido de negro con un fémur en el bolsillo del saco y una calavera en la mano de la que liba vino de numen mientras declama en camposantos, y Guillermo Valencia, el bien portado, triunfador, político ascendente que decide 'sacrificar un mundo para pulir un verso' y lo alcanza con espléndidas joyas. ¿Qué pasa con estos señores? ¿Qué extraños mitos y leyendas fundan? ¿Cuál es su lugar en el panorama del imaginario colombiano, conformado por las generaciones del siglo?"

En aras de defenestrar, que no quede títere con cabeza, se apela a la autoridad: para acabar con Barba-Jacob, García Aguilar acude a Octavio Paz, que lo llamó "modernista rezagado", y a Cardozo y Aragón, que lo definió como "burócrata de funeraria". La sangrante cabeza del poeta está servida en la mesa, pasen todos, sírvanse con cuidado, el cadáver todavía está caliente. De la arremetida de García Aguilar parece no salvarse nadie, así Raúl Gómez Jattin se convierte en "un ictiosauro en años de real cambio y revolución mundiales" (García, 2001), Luis Carlos López en un "clown simpático" (García, 2001) y la obra de León de Greiff en "excesiva y cornetuda" (García, 2001).

¿Realmente el panorama es tan deplorable? Lo es cuando de la descalificación se pasa a la valoración sin más, a la exageración criolla, a pedir el altar y la estatua: el Nadaísmo es, según García Aguilar (2001),

> "(…) el que sacudió por fin la anacrónica estructura del país. Movimiento extraordinario de precoces, el nadaísmo fue temblor, viaje, irreverencia, apertura en esos 60 que en todas partes explotaban con su hippies, la liberación sexual y el ideario de la paz y el amor, y en E.U. revolucionaba con los beatniks, Ginsberg, Burroughs, Corso, Kerouac. Pero los nadaístas Gonzalo Arango, Eduardo Escobar, Jotamario Arbeláez y tantos otros, *son inolvidables por su labor equivalente en Colombia a la revolución del 68 en Francia o en San Francisco. Merecen estatuas y plazas. Merecen incluso que pronto haya escuelas, estadios, siquiátricos, cárceles y colegios de bachillerato con sus nombres*[11]".

¿Habla en serio o bromea? ¿Dónde queda la rigurosidad de la mirada? ¿Se debe tomar a pecho lo que el autor escribió? No se mide con el mismo rasero: enanos pasan por gigantes y el portero lo advierte cuando ya es tarde.

Al decir de García Aguilar (2001),

> "entre los 70, 80 y 90 reinó en Colombia esa poesía sonsa, carente de ambiciones, una poesía que bien puede llamarse deprimida, que no tuvo la gracia urbana y arrabalera de Rivero, ni intentó la autodestrucción antipoética de Cobo, María Mercedes Carranza y Jaramillo Agudelo, ni logró los altos vuelos de Quessep, Arango, García Maffla y Roca, para producir poemitas estreñidos en serie cargados de lugares comunes sobre el sueño, la locura, el delirio y otras zarandajas para ingenuos".

Tal pareciera que tras la desaparición del padre (*La Generación sin nombre*, para mencionar un nombre), los hijos no hubieran sabido que hacer con el muerto. Había que enterrarlo, se cae de su peso, pero no lo hicieron. Se lo disputaron, toda repartición no deja sino heridas, camisas viejas y rotas, harapos: *una poesía sonsa*[12].

Sigamos con García Aguilar. Su texto es discutible pero de eso se trata *precisamente*. De poder dialogar con la crítica, con los autores y sus libros. En un país que se caracteriza por el ensimismamiento, el diálogo se extraña y se hace necesario, así tenga que esperar uno cien años de soledad para encontrarse con un provocador.

Después de la descarga, el autor pasa a ponderar positivamente la poesía del poeta y novelista Juan Manuel Roca[13] y del poeta, ensayista y novelista William Ospina[14], de quienes dice que son los poetas más populares e idolatrados del fin de siglo. Nadie duda del acierto en la escogencia de estos dos autores como los más importantes e influyentes del final de siglo XX y del comienzo del siglo XXI. En mi opinión habría que agregar, sin complejos, el nombre de la poeta, dramaturga y novelista Piedad Bonnet para que *la trinidad de la transición* estuviera a salvo y completa[15].

> Al finalizar su texto, García Aguilar destaca entre los poetas posteriores a la *Generación sin nombre* y al *Rocatierrismo*, a dos grupos de autores tan disímiles entre sí que habría que preguntar qué palabra los une salvo el pasaporte delator. El primer grupo lo conforman Álvaro Rodríguez Torres, Jaime Manrique Ardila, Antonio Correa, Jorge Bustamante, Guillermo Martínez, Piedad Bonnet, Fernando Herrera, Gustavo Adolfo Garcés, Fernando Rendón, Renata Durán, Eugenia Sánchez, Orietta Lozano, Gustavo Tatis y Santiago Mutis (14 poetas); el segundo, Ramón Cote, Gustavo Tatis, Rafael del Castillo, Hugo Chaparro, Mario Jursich y Gloria Posada (6 poetas).
>
> ¿Son los ungidos el canon más reciente de la poesía colombiana? ¿El novísimo canon emergente? Y si lo son, ¿son ellos conscientes de su inclusión en la lista, asimilan los postulados de una *Generación Post-sonsa*, comparten criterios, se conocen, actúan como masa o como individuos? Además: ¿Qué criterios se siguieron para escogerlos? ¿Por qué nos aferramos al recurso de la periodización como una última tabla de salvación para tratar de entender el asunto[16]?

Las respuestas parece tenerlas el propio García Aguilar (2001) que reserva un último dulce veneno; tras la zanahoria, el garrote. Al hablar de Gloria Posada, anota que es:

> "una de las más saludables revelaciones actuales, cuya precisión y perfección formales, aunadas a la incisiva inteligencia, son excelentes broches de oro para despojar a la poesía colombiana de sus peores vicios, como el autismo provinciano, la clownería metafórica, la heliotropía cardiaca, el desgano depresivo de los 70 y *la retórica trakliana de los 80, cargada de falsos crepúsculos y sueños*[17]".

Me pregunto: ¿no fue precisamente Roca quien repartió en el medio poético la semilla de un autor como Georg Trakl? Dice Roca (citado en Bonnet, 2003):

> "yo encuentro, por ejemplo, que un poeta que de alguna manera ha sido definitivo en la creación de atmósferas, en la apreciación de un mundo cargado de un gran sentido plástico, es Georg Trakl; siento que es un poeta pintor, no solamente por la preocupación que tiene por el color, por ciertas tonalidades, sino por la carga psicológica que le impone a esos colores y a esa tonalidades".

¿En qué quedamos entonces? ¿Nominar a la *Generación Post-sonsa* sirve únicamente para empujar barranco abajo a la anterior que estaba pegada con babas? ¿Cómo bautizamos a los novísimos, como los de la *Generación del Broche de oro*? ¿Pasamos de "la tradición de la pobreza" a tener el terrible oro en nuestras manos? ¿Nos enloquecerá el tesoro? ¿El destino del *Rocatierrismo* es ser empalizado, como movimiento, ante nuestros ojos? ¿Qué dice la poesía de los últimos años? Mientras arde Raúl en el fondo del mar, que conteste Eduardo.

No, que conteste, por lo pronto, David Jiménez (1992) que también tiene su caracterización particular:

> "los caminos de la poesía hoy no pueden ser sino negativos: no dice nada directamente, no es discurso propagandístico, no vende ni sirve a ningún poder, ni proclama ninguna verdad absoluta. Sin embargo, tiene su propia manera de participar en la historia colectiva. Aunque dé la impresión de no someterse para nada a las normas de la cultura como institución social y de crecer por su propio impulso como si obedeciese a leyes naturales —a la respiración o a los instintos del poeta—, no es, sin embargo, culturalmente inocente. Detrás de su apariencia salvaje o excesivamente privada y secreta, se levanta el testimonio más revelador acerca de los conflictos y aspiraciones de una sociedad. Precisamente porque el poema sólo puede tratarlos en cuanto experiencia vivida por un individuo, no en cuanto esquema general y abstracto, la poesía traza la línea menos insegura cuando se ha de reconocer la verdad de un sentimiento colectivo o la autenticidad de un comportamiento cultural. Pueden recorrerse todas las demás artes, tanto como las ciencias sociales, los medios de comunicación o incluso la novela: ninguna forma de expresión ha señalado con más certera precisión lo que somos, cómo sentimos y dónde nos duele la realidad a los colombianos."

Si Jiménez (1992) dice que los caminos de la poesía – "el testimonio más revelador acerca de los conflictos y aspiraciones de una sociedad" - hoy no pueden ser sino negativos, Alvarado Tenorio (2013) agrega que "la poesía colombiana ha dejado de existir":

> "el triunfo del narcotráfico y la escalada de la guerra civil entre guerrillas y paramilitares ofreció a un sector de la inteligencia colombiana la oportunidad de entrar en escena con beneficios y resultados que nunca se habían conocido. En los primeros años ochentas se crearon La Casa de Poesía Silva y El Festival de Poesía de Medellín, dos de las instituciones que hicieron de la poesía el más grande espectáculo de nuestro tiempo. Filmes, videos, seriales de televisión, grabaciones, lecturas públicas, seminarios, todo ha servido para prorratearse los presupuestos municipales y de los ministerios. En ningún otro país del mundo ha servido la poesía tanto a los políticos de la guerra en su ejercicio del poder. Y como nunca antes, la inopia de la poesía ha escalado hasta las profundidades de la ignorancia y ordinariez. Instrumentalizada y pervertida como oficio y como forma de vida, la poesía, sea colombiana o no, en Colombia ha desaparecido y no parece dar señales de vida en un futuro inmediato. Porque como nunca antes, distritos y gabinetes, secretarias de cultura y empresarios del capital han invertido desmedidas sumas de dinero para hacer brillar la lírica como una joya más de la pasarela y del entretenimiento contemporáneo. Los poetas colombianos crecen ahora como palmas y desaparecen como cocos, según el criterio del manipulador de turno, *d'habitude* poeta él mismo. Hoy son más de medio centenar de vates vivos y muertos los que ostentan en sus faltriqueras más de un laurel del erario público, pero nadie, literalmente, nadie, recuerda sus nombres ni lee sus versos".

Partida de defunción que supone la existencia pretérita de poetas y poemas ya sepultados y olvidados. ¿Cuáles? Menos efectista, Julián Malatesta, poeta y crítico, introduce una perspectiva política, necesaria para entender las transformaciones de la vida nacional (y del quehacer literario y poético) a finales del siglo XX. Menos palo para el prójimo, más cuestionamientos a la trágica historia común. Dice Malatesta (2003):

> "en la década del ochenta el mundo asiste atónito al exterminio masivo de un grupo de oposición, con el Estado en el lamentable papel de espectador cómplice de ese horrendo escenario de sangre que frustra los anhelos de paz de toda una sociedad. Todavía con los esfuerzos renovadores consagrados en la Carta Política de 1991, Colombia se resiste a pasar de una *democracia representativa* a una democracia participativa, que implica reordenar políticamente al país y resolver el drama de amplios sectores de la población en zonas rurales, medianos centros urbanos y en las capitales, que sufren las confrontaciones de la guerra y toda clase de manifestaciones de violencia. Paradójicamente, así como terminó el siglo XIX, así termina el siglo XX y, así como comenzó el siglo XX, así comienza el siglo XXI. Una sociedad que presenta esta circularidad en su evolución histórica, es una sociedad deslegitimada en todos sus proyectos[18]".

Y añade:

> "(…) a mediados de la década del setenta hasta finalizar el siglo XX hace presencia en el campo de las letras una generación desencantada que le toca vivir las grandes derrotas de los discursos de emancipación y que ve frustrados sus anhelos de modernidad. Se trata de un grupo de poetas que asiste al desamparo de un proyecto cultural en la región y en el país y que carga con el peso de la disolución de ese campo intelectual que logró expresarse con fuerza unos años atrás[19]" (Malatesta, 2003).

Malatesta sabe que la pérdida y la derrota no fueron sólo locales. Él suscribiría lo que dice Eduardo Grüner (2002):

> "todos los tiempos fueron malos para los hombres que tuvieron que vivirlos. Esto, o algo muy parecido, dijo alguna vez Jorge Luis Borges. Es un atendible llamado a la sobriedad, a sustraerse a la tentación, siempre irresistible, del patetismo. Hay, por supuesto, buenas razones para que nosotros, hoy, en este mundo, caigamos en esa tentación. Difícilmente haya habido una etapa anterior de la historia en la que tantas y tan poderosas promesas despertadas auténticamente por un estadio de desarrollo económico, social, político y cultural de la humanidad, hayan quedado frustradas hasta la desesperación. En la potencialidad inmensa y cierta, científicamente posible, tecnológicamente verosímil, de una buena vida humana haya conducido a una catástrofe semejante. ¿Se trata solamente –porque sin duda se trata en principio de eso- del modo de

> producción dominante? ¿Es que además, en algún momento, o incluso desde el principio, nuestra ciencia, nuestra tecnología, nuestros saberes, erraron el rumbo? ¿Falló toda nuestra filosofía, nuestro arte, nuestra literatura, nuestras religiones y aun nuestros agnosticismos?

Centrando su reflexión en el Valle del Cauca, como tiempo y lugar, Malatesta arriesga la teoría según la cual ser poeta en las actuales condiciones es una toma de posición ética. A propósito escribe Malatesta (2007):

> "aún cuando el país reconoce en su carta fundamental la pluriculturalidad y en términos de política le abre espacios a la participación ciudadana y comunitaria, sobrevive en el Valle del Cauca la idea del patrimonialismo y el mecenazgo cultural propios de la república conservadora y de los primeros gobiernos liberales de principios del siglo XX, con el agravante de que ahora los poetas no pertenecen a las élites del poder y por eso no pueden poner a su servicio los organismos culturales del Estado o integrar las entidades privadas que para la gestión cultural fundan las élites locales.
>
> Así nos encontramos con una poesía disímil en sus formas y temáticas, que convive con las elaboraciones poéticas más ortodoxas de la tradición y que también asiste a todas las renovaciones de la escritura, que hoy propone el mundo contemporáneo.
>
> El grupo de poetas encargado de cerrar la averiada puerta de este siglo sobrevive al horror de una vida cotidiana agobiada por el crimen y la guerra. Realizan una poesía solitaria que sólo asiste al diálogo con la ciudad y su tiempo como quien va a cumplir con una tregua; una poesía inconstante en sus temáticas, impredecible en sus aciertos; una poesía del secreto, de la pequeña murmuración de café y de esquina.
>
> Los poetas fuertes de esta generación consiguen que su obra poética logre mantenerse en el tiempo a través de penetrar con rigor el legado literario de los antecesores, la corriente que nutre y guía a todo poeta que dialoga con sus sucesores. En medio de la múltiple diversidad temática que expresan los poetas de finales del siglo XX se puede rastrear en su poesía todo el hastío y cansancio de una época. Ser poeta en una sociedad donde la emancipación fracasó, donde el discurso especulativo de la ciencia y la filosofía que ha tenido una precaria existencia a diario se deslegitima por la crudeza de los acontecimientos sociales, ser poeta en estas condiciones es, a nuestro juicio, una toma de posición ética.
>
> El grupo de poetas en mención lo integra: Medardo Arias, Alfredo Vanín, Álvaro Burgos, Rodrigo Escobar Holguín, *Carlos Patiño Millán*, Hernando Revelo, William Ospina, Aníbal Manuel, Carlos Fajardo, Fabio Arias (Farías), Fabio Ibarra Valdivia, Javier Tafur González, Carlos Vásquez

Zawadzki, Harold Ballesteros, Humberto Jarrín, Edgar Arenas, Omar Ortiz, Horacio Benavides, Orlando López, Áloz Rojas, Octavio Javier Bejarano, Alberto Cardona Gómez, Jorge Eliécer Ordóñez, Edgar Ruales, Raúl Henao y Antonio Zibara[20]" (Malatesta, 2003).

¿Hay algo que puedan hacer estos poetas vallecaucanos, los de la *Generación Post-sonsa* y los de la *Generación del Broche de oro?* Por lo pronto, deshacer lo hecho y dispersarse en la oscuridad. Después ya se pensará en algo. "Dentro de unas semanas el agua se habrá evaporado, el lodo se habrá secado y los charcos serán lechos de polvo finísimo sobre el que los niños y el viento han de revolcarse", dice Octavio Paz (1974). A la frustración desesperada se le puede enfrentar con la construcción de otra historia. Quedan palabras:

"Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra[21]".

Nombrando la soga en la casa del ahorcado: pongamos que hablo de poetas

"Salvando diez nombres de excepción, todo el resto de la poesía colombiana es soporífera, menos la de los poetas jóvenes que todavía no alcanza a ser ni lo uno ni lo otro[22]".
Jaime Jaramillo Escobar (citado en Cobo Borda, 2003).

I.

Retrocedamos, no hay prisa. Si no hay poesía ni poetas en Colombia, una tesis de creación acerca de la escritura de un libro de poemas puede esperar otra vida. Es en serio: ¿de qué hablamos cuando hablamos de poesía colombiana? ¿De quién, quiénes? La crítica –la de aquí, la de allá, lo acabamos de ver- no ha resistido la tentación de homogeneizar disparidades, agrupar núcleos particulares, restringir cronológicamente a poetas que difícilmente dialogan entre sí con el evidente afán de fundar y bautizar escuelas. Si no entiendes algo, dale un nombre, etiquétalo.

Prácticamente a la fuerza existen generaciones de poetas: lo que uno encuentra son figuras aisladas, insularidades, posando para una foto común. Foto Agüita. ¿Qué emparenta a José Asunción Silva con Guillermo Valencia, a Porfirio Barba Jacob con Luis Carlos López, a León De Greiff con Rafael Maya, a Jorge Rojas con Eduardo Carranza, a Fernando Charry Lara con Álvaro Mutis, a Jorge Gaitán Durán con Eduardo Cote Lamus, a Jaime Jaramillo Escobar con Mario Rivero, a Giovanni Quessep con José Manuel Arango, a Juan Manuel Roca con William Ospina, a Raúl Gómez Jattin con Elkin Restrepo, a María Mercedes Carranza con Piedad Bonnet? Estas paredes. Nacieron aquí, han vivido y publicado en Colombia, han escrito en el mismo idioma, aquí están enterradas sus dichas y sus muertos.

El afán de ponerlos en algún lado, de enumerar, de listar no es nuevo. En 1930, Gustavo Otero Muñoz publicó la "Antología de poetas colombianos 1800-1930" (citado en Cobo Borda, 2003) e incluyó a 85 poetas. ¿Exageración? ¿85 poetas en 130 años? A ver: eso nos da un promedio de 0.65 poetas por año. ¿No es sospechosa la cifra, para no hablar de falta de rigor? Por su lado, "Quién es quién en la poesía colombiana" de Rogelio Echavarría (1998) menciona 98 poetas, sólo en el apartado correspondiente a la letra "A". Esfuerzo asombroso, sin duda. Como dice Cobo Borda (2003): "ningún país ha producido (…) en toda su historia, cien poetas de primer orden."
No ha habido cien poetas. Digamos que ha habido diez, que ya es hipérbole. Se suelen agrupar así:

a. Los Modernistas: José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Porfirio Barba Jacob, José Eustasio Rivera y Eduardo Castillo.
b. Los Nuevos: León De Greiff, Rafael Maya, Luis Vidales y Jorge Zalamea.
c. Los de *Piedra y Cielo*: Eduardo Carranza, Jorge Rojas, Carlos Martín, Arturo Camacho Ramírez, Gerardo Valencia y Aurelio Arturo.
d. Los de Mito: Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, Fernando Charry Lara, Álvaro Mutis, Fernando Arbeláez y Rogelio Echavarría.
e. Los Nadaístas: Gonzalo Arango, Jaime Jaramillo Escobar, Mario Rivero, Jotamario Arbeláez, Eduardo Escobar, Darío Lemos y Amílkar Osorio.
f. Los de la *Generación sin nombre*: Elkin Restrepo, Jaime García Maffla, Darío Jaramillo Agudelo, Juan Gustavo Cobo Borda, Giovanni Quessep, María Mercedes Carranza y Juan Manuel Roca.

Hay variante de la anterior:

g. Los de la *Generación desencantada*: José Manuel Arango, Harold Alvarado Tenorio, Darío Jaramillo Agudelo y los repitentes Quessep, Carranza, Cobo Borda y Roca[23].

¿Generación sin nombre o desencantada? ¿El desencanto fue tan grande que no tuvo nombre? Es a partir de aquí que no logramos ponernos de acuerdo. ¿Quiénes siguen? Lo sabemos pero no lo sabemos decir. Intuiciones, corazonadas, pálpitos. Pregunten a los críticos, ellos saben. ¿Dónde están Armando Romero, Henry Luque Muñoz, Juan Gustavo Cobo Borda, Guillermo Linero o David Jiménez? Se han pasado la vida criticando, bien que lo hacen.

> Se barajan nombres como naipes, se hacen listas, cada poeta es la voz de su generación; la de él, la suya única. Islas sin náufragos. Callos que pisan cayos. A callar. Se callan nombres, es imposible –hoy en día- seguirle la pista a la poesía que se escribe y publica en Colombia. Se publica mucho, demasiado, tal vez. Se lee poco, no se lee, no se termina de leer el segundo libro: el promedio de lectura de libros en Colombia en el 2005 fue de 1.6 libros al año por cada habitante.

> "El *Estudio de hábitos de lectura, asistencia a bibliotecas y consumo de libros en Colombia*, realizado en el 2005, mostró que los colombianos solo leemos al año 1,6 libros. Por el contrario, las cifras concluyeron que los argentinos leen 3,2 y los mexicanos, 2,5. Y ni hablar de los españoles que leen 7,7. En el 2000, cuando se realizó el anterior estudio, el promedio de lecturabilidad en Colombia era de 2,4 libros al año. El estudio también mostró que el 22% de los colombianos dice no tener un libro en su casa, mientras que en México es solo el 4,1%. En Bogotá la cifra es más alta: en casi el 50% de los hogares no hay libros" (El Tiempo, 2008).

Volvamos a las listas. Citemos a García Aguilar (2001):

a. De nuevo, sólo, Roca. Esta vez por ser el padre del *Rocatierrismo.*
b. William Ospina, él sólo.
c. La *Generación Post-sonsa:* Álvaro Rodríguez Torres, Jaime Manrique Ardila, Antonio Correa, Jorge Bustamante, Guillermo Martínez, Piedad Bonnet, Fernando Herrera, Gustavo Adolfo Garcés, Fernando Rendón, Renata Durán, Eugenia Sánchez, Orietta Lozano, Gustavo Tatis y Santiago Mutis.
d. La *Generación del broche de oro*: Ramón Cote Baraibar, Gustavo Tatis, Rafael del Castillo, Hugo Chaparro, Mario Jursich y Gloria Posada.

Dejemos ahí. Cerremos, nosotros también, con broche de oro.

II.

Cada poeta y crítico tiene su mirada y sus listas, otras, las suyas. Cada poeta trae su pan bajo del brazo: madres y padres, tengan hijos poetas, son lo mar de agradecidos. El poeta y crítico ahora en cuestión es Ramón Cote Baraibar (2007), hijo de poeta como María Mercedes Carranza y Santiago Mutis Durán. Dialoguemos, entonces, con el hijo de poeta.

Cote (2007) abre su análisis diciendo que en los años noventa hubo un cambio en lo concerniente a la actividad poética en el país. Parte reconociendo la labor de la Casa de Poesía Silva en esa década. Dice: "gracias a esta institución la poesía pasó de ser una actividad *clandestina* a tener una permanente presencia. El poeta participa de la sociedad y la sociedad participa de la poesía, parecen ser las conquistas más inmediatas".

La cursiva no es mía, es de él. Y merece una rápida réplica: ¿presencia permanente? ¿En dónde? ¿En la burocracia, en los medios o en los festivales de poesía? ¿En la discusión de políticas públicas sobre cultura y educación, en la seria reflexión poética consignada en libros y revistas especializadas, en los talleres de poesía y en las aulas universitarias o en las revistas del corazón? ¿En dónde?

Menciona el poeta y crítico igualmente a eventos como *La poesía tiene la palabra* y *Alzados en Almas*, y festivales de poesía de Bogotá y Medellín. De este último destaca que es un ejemplo de cómo "la poesía puede llenar estadios, alterar los cursos de los colegios, paralizar las calles, cesar la violencia de los barrios marginales, disputándole esos mismos espacios a los espectáculos musicales" (Cote, 2007). ¿Cesar la violencia de los barrios marginales? ¿Por cuántos días? ¿Cuántas horas? ¿Una vez terminado el recital resurgen el crimen abyecto, el atraco rastrero? ¿Ese es el parámetro para medir la *recepción* de la poesía en el medio?

El agradecimiento de Cote –es hora de agradecer y hay que ser generoso- se extiende a todo el mundo: desde revistas de poesía como *Prometeo, Casa Silva, Golpe de dados, Ulrika, Gradiva, Puesto de combate, Arquitrave, Catapulta, Deshora, Luna de Locos, Aleph, Ophelia* y *Luna Nueva* hasta revistas culturales como *El malpensante, Número, Tinta Fresca, el Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango* y editoriales como la de la *Universidad de Antioquia, Universidad Eafit, Editorial Magisterio, Ediciones Luna Nueva, Trilce Editores, Fundación Simón y Lola Guberek, Deriva, Bartleby, Lealón, El propio bolsillo*, y la publicación de los premios del Ministerio de Cultura, el Instituto Distrital del Cultura y Turismo y la Casa Silva.

¿Alguien quedó por fuera? Ni una palabra sobre el *Magazín Dominical* de El Espectador. Resulta muy diciente el olvido reservado para ese espacio que fue decisiva casa de poetas, cuentistas, novelistas y ensayistas, para restringirnos al ámbito de la palabra. En sus páginas se dieron cita los arduos debates, los necesarios encuentros y desencuentros que debe vivir toda generación. El *Magazín Dominical* fue más que el lugar de visibilización de un grupo de intelectuales colombianos, fue –durante años y hasta su vergonzosa desaparición- el único espacio mediático que se entendía como cultural en el país. Ignorarlo es, lo diré, imperdonable.

A lo que vinimos: Cote (2007) señala que "para los poetas nacidos del sesenta en adelante y activos desde finales de los 80, existe una serie de poetas tutelares, y otros intermedios o de transición". Y antes de hablar se queja, padre de por medio: "es conveniente anotar que una poética tan influyente en las anteriores generaciones como fue la de Mito -Gaitán Durán, Cote Lamus, Charry Lara, Mutis, entre otros- no ha encontrado suficiente eco en la actualidad" (Cote, 2007). Tras descubrir que cada generación inventa su propia tradición y que cada generación reivindica un poeta olvidado, reconoce la ascendencia en los más jóvenes de poetas como Héctor Rojas Herazo y Carlos Obregón, respectivamente.

> Como se trata de mencionar a los poetas tutelares de las nuevas generaciones de poetas colombianos, Cote cuenta con los dedos de la mano y unge a seis: Giovanni Quessep ("se ha convertido en el nuevo Aurelio Arturo" (Cote, 2007)., Jaime Jaramillo Escobar ("escribe poemas de enorme extensión, construidos con una gran coherencia interna, mecidos por una música parecida al salmo de la recitación" (Cote, 2007), José Manuel Arango ("su obra abre las compuertas a una manera sutil e inteligente de unir en pocas y exactas palabras naturaleza y ciudad, circunstancia personal y experiencia social" (Cote, 2007), Darío Jaramillo Agudelo ("el gran mérito de Jaramillo Agudelo consiste en que ha sabido anclar su poesía en el vertiginoso y peligrosísimo coloquialismo que campeó largamente por estos pagos, para volverlo un eficaz vehículo de comunicación, cuidando de no lastrarlo con la llaneza acostumbrada de este estilo, sino por el contrario, apropiándose de su libertad" (Cote, 2007), Raúl Gómez Jattin ("es justo reconocerle que supo abordar su entorno geográfico y biográfico sin sentir que estos asuntos fueran inferiores o carentes de calidad literaria" (Cote, 2007) y Juan Manuel Roca ("desde un principio manejó con habilidad en sus poemas un tono de denuncia político mezclado con una concepción onírica, muy al estilo del surrealismo" (Cote, 2007).

Digo yo, que aquí también hablo: no sobra un nombre, falta uno, el de María Mercedes Carranza, no por su trabajo al frente de la Casa Silva (ya reconocido por el mismo Cote) sino por su obra literaria tan sólida (y tan precaria, si se quiere) como la de los demás elegidos. La poesía colombiana cabe en los dedos de una mano masculina, la mano grande de Cote (2006)[24].

Pero hay más. Cote menciona un segundo pelotón de poetas que también inciden en el quehacer poético del 90: Elkin Restrepo, Piedad Bonnet, William Ospina, Álvaro Rodríguez y Víctor Gaviria. Leamos lo que Cote (2007) dice de Bonnet:

> "entresaca de los asuntos domésticos sus temas principales, sin olvidar la reflexión sobre la inutilidad de la escritura. Con cada libro suyo confirma el constante crecimiento de su obra. Si María Mercedes Carranza abrió el camino, Piedad Bonnet representa a una poesía poco complaciente con el canto, a una poesía un tanto desencantada y crítica de lo que la rodea, a una poesía fracturada que la emparenta con la que realiza Blanca Varela en el Perú".

La mención obligada de Carranza en este apartado hace más injusta su descalificación previa. Pero para algo escribe Cote, no para agradarme a mí ni a usted, sino para situar y situarse en el paisaje de la tierra desolada. Como todos.

Un poco después, Cote pasa revista a la antología "Inventario a contraluz" de Federico Díaz Granados (una amplia muestra -41 poetas, nacidos desde 1960 hasta 1980- "de la más reciente hornada de la poesía colombiana[25]"). Argumenta Cote (2007):

> "la experiencia común de recibir un país descuadernado condujo a esta promoción de poetas a ser testigos mudos e impotentes de una guerra sucia que ha ensangrentado a Colombia en los últimos 15 años, con la utopía de un posible cambio en las estructuras morales, incineradas en la medida que caían acribillados los pocos líderes que surgían. De igual forma debieron ver en vivo y en directo la caída del muro de Berlín al ritmo de *The wall* de Pink Floyd, lo mismo que el bombardeo a la legendaria Bagdad, ciudad que conocían desde las páginas de las Mil y una noches en la llamada *Operación Tormenta del desierto*".

Están, estamos, los poetas de la década del noventa "condicionados por el marco histórico que les ha tocado vivir" (Cote, 2007). Y agrega:

> "si al fondo existe el conflicto por el que pasa Colombia, esto no quiere decir que la poesía escrita en esa década estuviera supeditada por éste. En otras palabras, la poesía de los noventa no tuvo necesariamente que *reflejar* esa condición, o aludir a ella como prueba de su existencia. Sería un error evaluarla bajo ésta rígida óptica. Más bien *estamos hablando de una poesía comprometida con su libertad, una poesía que sabe el momento que vive, que está ubicada en el tiempo, más madura en la asimilación de tradiciones y abierta a nuevas influencias.* De manera que los poetas de los noventa *exigen que sus producciones sean leídas o estudiadas ateniéndose a estrictos criterios de calidad,* y que por lo mismo, *sus aciertos o desaciertos no sean valorados únicamente por el hecho de haber sido escritos en uno de los países más violentos del mundo*" (Cote, 2007).

Y nombra a los que se destacan, según él, "por su firmeza, gran talento y enorme madurez entre la más reciente poesía colombiana" (Cote, 2007): Juan Felipe Robledo, Jorge Cadavid y Gloria Posada.

Termina lapidariamente: "nunca se había editado tantos poetas colombianos en el exterior como en estos años" (Cote, 2007). Es cierto. Me pregunto si se debe al hecho de que los poetas colombianos escriben precisamente en uno de los países más violentos del mundo o porque no son piernijuntos. Gonzalo Rojas (citado en Jiménez, 2008)), que sabe lo que pasa en otras latitudes, dijo hace unos años que la poesía latinoamericana sigue siendo la misma de siempre "airosa, limpia, temeraria". Sin embargo, agregó que antes "había mayor desenfado y casi descaro, sano descaro, saludable descaro. Ahora encuentro a los poetas colijuntos, piernijuntos, como las niñas necias que se pasean por los lugares de moda. Parece una poesía de pasarela. En ese sentido, la poesía latinoamericana se ha debilitado, sin duda" (Jiménez, 2008).

Veamos otro caso, otra casa, otra lectura, la más reciente. La de Jorge Cadavid; acabo de mencionarlo.

III.

En un entrevista hecha por Fernell Tabare (2008) y titulada "Panorama actual de la poesía colombiana", Cadavid responde así a la pregunta sobre los poetas que están haciendo un aporte importante a la poesía colombiana actual:

Quisiera remitirme a la reciente Antología de la poesía colombiana de finales del siglo XX que hicieron Catalina Arango y Ana Isabel Correa para la Biblioteca Luis Ángel Arango[26] , por ser una selección rigurosa y exigente que se ciñe a los siguientes criterios: poetas que hubieran obtenido premios en concursos a nivel nacional e internacional, que contaran más de dos libros publicados y que hubieran sido incluidos en las últimas antologías nacionales (entre ellas las compiladas por Rogelio Echavarría, Henry Luque Muñoz, Fabio Jurado y Federico Díaz-Granados). Impresiona el número tan reducido de nombres: Horacio Benavides, Piedad Bonnet, William Ospina, Rómulo Bustos, Víctor Gaviria, Gustavo Adolfo Garcés, Alberto Vélez, Fernando Herrera, Flóbert Zapata, Orlando Gallo, Jorge García Usta, Joaquín Mattos Omar, Hugo Chaparro Valderrama, Jorge Cadavid, Nelson Romero Guzmán, Ramón Cote Baraibar, Óscar Torres Duque, Pablo Montoya, Gloria Posada, Juan Felipe Robledo, Pascual Gaviria y Felipe García Quintero".

> Según Cadavid, "todos estos poetas funcionan como individualidades aisladas, sin pertenecer a un determinado grupo poético o generación y que dialogan solas con la tradición y sus influencias. Años de proliferación promiscua, los ha llamado Cobo Borda. La polifonía en esta época rompe con una tradición de movimientos dentro de la historia de la poesía colombiana. La respuesta queda esbozada en mi antología inédita Bitácora de la diáspora como una serie de 'cánones sueltos', mapas móviles que vislumbran un relevo en la estética actual" (Tabare, 2008).

Ya se dijo que todo poeta guarda varios libros inéditos[27]. Cadavid vende su antología distinguiendo ciertos rasgos que definirían a estas nuevas voces[28]:

> • "Rinden homenaje a los maestros de las generaciones precedentes (Mito, Piedra y Cielo, Nadaísmo, Generación sin nombre), en tiempos donde al unísono se habla de parricidio.

Recordemos lo que acaba de decir Cote en estas mismas páginas: "es conveniente anotar que una poética tan influyente en las anteriores generaciones como fue la de Mito -Gaitán Durán, Cote Lamus, Charry Lara, Mutis, entre otros- no ha encontrado suficiente eco en la actualidad". Al fin, ¿qué? ¿Cuál de los dos tiene la razón? ¿La tienen ambos? ¿Hay alguien, un poeta, haciendo neo-nadaísmo[29], neo-piedracielismo?

> • No plantean una ruptura con sus antecesores, sino que por el contrario los asimilan y realizan una lectura crítica de sus obras.
> Menos mal que los novísimos no se creen, cada uno de ellos, "Adán al despertarse[30]". Está bien reconocer que su genio no es sólo suyo sino parte de una tradición de muertos.

• Son voces plurales, en las que la experimentación e innovación se ligan a la tradición: tradición de la ruptura.
Siempre resulta conveniente apelar a la autoridad: en este caso, Octavio Paz. Según él, la sociedad actual ha inventado la expresión de la tradición moderna como un signo de búsqueda de fundamento en el cambio, y ya no en el pasado o en algún principio inmóvil. Asistimos al momento preciso del traspaso de la llama: Paz le da una mano a Cadavid para explicar en qué andan los novísimos poetas colombianos.
• No existe una voluntad de grupo, generación o movimiento, sino que conscientemente encuentran en la diversidad una configuración de mundos.
Pero el mismo Cadavid no resiste la tentación de unirlos: existen, en sus palabras, en la poesía actual colombiana las tendencias crítica y autoirónica, clásica, barroca, prosaica y narrativa, y filosófica. Y el poeta mete en esos cinco sacos a quince poetas. Sigamos:
• Son autores que reflexionan sobre la poesía dentro de la poesía misma.

Si esa es una característica reconocible, no es ninguna novedad ni siquiera en estos pagos. Pero es que no se trata de encontrar novedades, se trata de especular, de decir Rocatierrismo como quien dice buenos días; de pronto, el otro, contesta.

• Su actitud crítica se refleja en una desconfianza ante el lenguaje y cierta tentación por el silencio.
• Tienden a una eliminación de nexos sintácticos, a una destrucción del discurso lineal así como una ruptura del yo poético.
• Gustan del empleo de metáforas herméticas, de difícil interpretación, con cierta oscuridad deliberada.
• Entienden la poesía como un palimpsesto. Relacionan cada discurso con los precedentes, llegando hasta la parodia, el collage o el pastiche.
• Limando las aristas políticas, los jóvenes poetas siguen siendo disidentes a su manera, en especial de toda deshumanización, venga de donde venga.
• Hallan en la presencia desoladora de la poesía conversacional y coloquial una música sombría, que no otorga optimismos.
• Sus posiciones ideo-estéticas aparecen catalizadas por el humor y la ironía.
• Creen en el desprestigio de toda utopía (religiosa, política, filosófica, científica)" (Tabare, 2008).

> De ser cierto todo lo anterior tendríamos una poesía plural, diversa, reflexiva, crítica, hermética, paródica, humana, conversacional, irónica, escéptica. La pregunta es: ¿la tenemos? Cadavid –cada poeta reina su día- arriesga cinco corrientes dominantes dentro de esa novísima poesía; "cánones sueltos" amarrados a la mano del amo, el perro corre hasta donde lo permite el collar de su dueño, el poeta tutelar.
>
> Es curioso saber cómo uno es leído por el otro, por su semejante. Es ciertamente una intriga dilucidar las causas que llevaron a Cadavid, en este caso, adscribir tal nombre a tal corriente; uno mismo se despierta rodeado de desconocidos, los supuestos compañeros de generación literaria. "Y ninguno me es más conocido que los otros[31]."

Dejemos que hable el autor. Lo citaré in extenso:

"Cinco corrientes dominantes se advierten en esta novísima poesía: la primera y más notoria es la tendencia crítica y autoirónica, en la cual el verbo descarnado y el desenfado expresivo orientan su mirar hacia lo interior, busca al hombre escindido y anónimo de la ciudad, los espacios urbanos y la enajenación del cuerpo, los asuntos domésticos y la reflexión sobre la inutilidad de la escritura. En esta línea de acción cabe mencionar especialmente a Eva Durán (1976) y Andrea Cote (1981). La figura de Piedad Bonnet (1951) marca en este grupo un derrotero.

La segunda línea expresiva la constituyen los poetas de talante clásico. Poetas que, según el crítico Óscar Torres, "Asimilan sus propios modelos, pero dentro del vasto y muy suyo panorama de la poesía universal" (La poesía como idilio, 1992). 'Clásica', aquí, puede entenderse como esteticista. Se ubican en esta corriente: Miguel Ángel López (Vito Apüshana, 1964, cuyas raíces se reconocen en la tradición épica Guajira, ganador del Premio Casa de América), Luis Mizar Mestre (1962), Hugo Chaparro Valderrama (1961) y Ramón Cote Baraibar (1963), el poeta más antologado y más internacional, ganador en España del premio Casa de América (2003).

La tercera vertiente es la barroca, donde el reino de la imagen prolifera en una descarga estilística de símiles y retruécanos. En este apartado se incluyen a: Juan Felipe Robledo (1968), ganador en México del premio internacional Jaime Sabines, especialista en el Siglo de Oro español, y Gabriel Arturo Castro (1962).

> La cuarta tendencia que se deja apreciar es la de carácter prosaico y narrativo. Cierta obsesión por la cotidianidad lleva a estos poetas hasta los límites de la prosa, con un lenguaje escueto, de corte coloquial (este giro prosaico se presta para "sutilezas críticas"). La sensibilidad del rock toca a estos poetas. Aquí se ubican escritores como: Óscar Torres (1963), Ricardo Silva (1973), Juan Carlos Galeano (1958) y Carlos Patiño Millán (1961). La influencia del trabajo cinematográfico y el corte narrativo de Víctor Gaviria (1955) es significativa.
>
> El quinto y último conjunto agrupa a los poetas que intentan solucionar el poema mediante un discurso de corte filosófico. La imagen poética sirve aquí para comunicar, argumentando, la percepción que subyace tras las apariencias sensibles. En esta corriente de extrañamiento fenomenológico, a veces metafísico o incluso místico, se reconocen poetas como: Pascual Gaviria (1972), Jorge Mario Echeverri (1963) y Felipe García Quintero (1973), ganador de varios premios internacionales, entre ellos, el Pablo Neruda en Chile" (Tabare, 2008).

Faltan años para saber si alguno de estos poetas sobrevive al hecho de haber nacido y vivir en un país sin poetas ni poesía. A la espera de que Cadavid publique su antología inédita, es bueno pensar brevemente en el afán de pontificar y canonizar (antes de tiempo[32]), en los modos en que se transmite una tradición (pobre) y en cómo, pese a todo, los poetas (aún los colombianos) escriben y publican por el deseo de "ser diferentes" (Bloom, 2002) y "de estar en todas partes" (Bloom, 2002). Repito: brevemente; no vamos a solucionar aquí lo que no ha tenido solución.

Es claro, lo dice Bloom (2002), que "poemas, relatos, novelas, obras de teatro, nacen como respuesta a anteriores poemas, relatos, novelas u obras de teatro, y esa respuesta depende de actos de lectura e interpretación llevados a cabo por escritores posteriores, actos que son idénticos con las nuevas obras". Y añade, por si quedan dudas: "los grandes textos son siempre reescritura o revisionismo, y se fundan sobre una lectura que abre espacio para el yo, o que actúa para reabrir viejas obras a nuestros recientes sufrimientos" (Bloom, 2002).

Tenemos un país en común, poesía y poetas menores en común, es natural que los novísimos se reconozcan en el espejo de la tradición por más precaria que ésta sea. Debido a esa pobreza lo que se hace es pobre y deja ver el remiendo: pedimos prestado y no salimos corriendo, pagamos a nuestro modo. Cantamos nuestras "cuitas" porque siempre riman con "casas pequeñitas". Cosas pequeñitas: poetas colombianos.

El miedo a la mortalidad, en un país tan violento como Colombia, es pan diario. De ahí que los poetas escriban y publiquen: cada cual aspira a reconocerse en algún canon por mediocre que sea, "de unirse a la memoria social o común" (Bloom, 2002). De ser alguien, algún día. Silva, acaso; el dueño de un almacén de artículos importados a punto de la quiebra, tal vez. A todo poeta colombiano lo contiene Silva, como a todo escritor Shakespeare. La ilusión es válida.
Terminemos. Citaré a un crítico, Samuel Johnson (citado en Bloom, 2005):

> "El oficio del poeta (…) es contemplar, no lo individual, sino lo genérico; notar las características principales y los grandes fenómenos; el poeta no cuenta las rayas del tulipán ni describe las diferentes sombras en el verdor de la selva.
>
> (…)
>
> Debe despojarse de los prejuicios de su siglo y país, ignorar las leyes e ideologías del momento y elevarse a verdades generales y trascendentes, que serán siempre las mismas; se contentará, por tanto, con el lento progreso de su fama, desdeñará el aplauso de sus contemporáneos y confiará sus pretensiones a la justicia de la posteridad".

Está en las manos de los poetas colombianos escuchar atentamente las palabras de Johnson o seguir describiendo las diferentes sombras en el verdor de la selva y esperar la vejez, la enfermedad y la muerte. O ambas. O ninguna.

Notas

[1] Después de tomar lecciones de latín durante tres meses, el liberal Rafael Uribe Uribe le dice al conservador Miguel Antonio Caro que él no era el único latinista en el congreso, a lo que Caro replicó: "¡Horror, horror! Cuando ustedes quieran hablarme en latín, les ruego que me pronuncien bien las sílabas finales, porque allí es donde está el meollo de la cuestión" (Deas, 2006).

[2] Poema de José Asunción Silva.

[3] Poema de Guillermo Valencia.

[4] "(Porfirio Barba Jacob) se puso el nombre de un dictador mexicano, Porfirio Díaz. Estuvo a favor de ese tirano y atacó a los indios encabezados por Emiliano Zapata; después apoyó a quien quería restaurar al dictador; más tarde se opuso a los republicanos españoles y elogió al dictador español Francisco Franco; admiró a Mussolini; apoyó el ascenso nazi; leía libros antisemitas y raciales, como *La rebeldía contra la civilización*, de Lothrop Stoddard (y eso que de haber vivido en Europa los nazis lo hubieran llevado de inmediato a la cámara de gas) y murió antes de saber de la derrota nazi, el suicidio de Hitler y Eva Braun en el bunker de Berlín, el Holocausto y el Proceso de Nüremberg" (García Aguilar, 2007). Como todo hay que decirlo, Barba Jacob es el único poeta colombiano reseñado por Agustín Basave Fernández del Valle en su libro ¿Qué es la poesía?

[5] Frase atribuida a Fernando Linero (Arévalo, 2004).

[6] Que en Colombia los asuntos, incluso los literarios, se resuelvan a palo no es noticia. A propósito de esa práctica, escribe Santiago Mutis Durán (2007) a propósito de la antología *La casa sin sosiego* hecha por Juan Manuel Roca: "con frecuencia el hombre es inferior a su talento. Cobo Borda habla de su generación como de *la más sosa,* tilda a la siguiente de *insípida* y lamenta no haberse dedicado a cosas útiles; Darío Jaramillo se refiere a la poesía como a un *consuelo de bobos;* Caballero aporrea a Giovanni Quessep acusándolo de habitar *un país de princesitas;* Alvarado Tenorio insulta… (véase la mal editada antología de la Universidad Nacional, de 1985). Nos deshicimos de la retórica para caer en el desprecio y en el tedio. Esta *contribución* de la crítica, más la mudez académica, ha entregado las letras colombianas a la banalidad y ha llevado a solicitar prólogos al presidente —de una cuestionable república—. Lo más opuesto a la poesía. Pero esta crítica panfletaria hace bien en desconfiar de la poesía, como también el silencio académico y los esfuerzos oficiales por marginarla o domesticarla".

[7] Eso no significa que no hayamos existido, escrito y publicado.

[8] Gabriel García Márquez es el único autor colombiano presente en *El canon occidental* de Bloom (2002). En el apartado *Autores de la Edad Caótica*, García Márquez aparece al lado de Darío, Borges, Carpentier, Cabrera Infante, Sarduy, Arenas, Neruda, Guillén, Paz, Vallejo, Asturias, Lezama Lima, Donoso, Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes y Drummond de Andrade.

[9] Escribe Homero (citado en Vítor Manuel Aguiar e Silva, 1972) en su *Epistula ad Pisones*: "tengan libre derecho a morir los poetas, salvar a quien no quiere es igual que matarlo".

[10] Verso de José Asunción Silva.

[11] La cursiva es mía.

[12] Nada menos que el período que más me interesa situar críticamente en este texto –porque es en el que nació mi poesía- es embestido duramente: *poemas estreñidos en serie…*

[13] García Aguilar no duda en bautizar como *Rocatierrismo,* la corriente que *inaugura* Roca (García, 2001).

[14] "Ospina es otro de los grandes poetas cívicos del país al lado de Caro, Epifanio Mejía y Castro Saavedra". Nótese el empleo de la palabra "cívico" (García, 2001).

[15] No es casual que Roca, Ospina y Bonnet hayan ampliado, en el nuevo siglo, el ámbito de sus intereses y resonancias. Queda pendiente averiguar, en algún trabajo posterior, el origen de esa transformación y sus inevitables consecuencias. Roca, Ospina y Bonnet serían los herederos de Silva, Jattin y Carranza, nuestros vitales suicidas.

[16] Opina Diógenes Fajardo (citado en Trujillo, 2003) en el capítulo relativo a Los Nuevos en la *Historia de la poesía en Colombia* que "la clasificación por generaciones en la poesía colombiana ha llevado a la consagración de ciertos grupos que se formaron alrededor de la bohemia o de alguna publicación, en detrimento de otros autores o grupos que no alcanzaron el mismo grado de canonización durante el periodo".

[17] La cursiva es mía.

[18] Julian Malatesta. *Poéticas del desastre: aproximación crítica a la poesía del Valle del Cauca en el siglo XX*. Centro virtual Isaacs. Portal cultural del pacífico colombiano. http://dintev.univalle.edu.co/ciisaacs. Consulta del 29 de abril de 2008. Versión impresa publicada en 2003.

[19] Ibíd.

[20] Julián Malatesta. Ob. Cit.

[21] Fragmento del poema *En el principio* de Blas de Otero (2000).

[22] Los diez de Jaramillo Escobar son, en realidad, nueve: Hernando Domínguez Camargo, José Asunción Silva, Guillermo Valencia, José Eustasio Rivera, Porfirio Barba Jacob, Luis Carlos López, León De Greiff, Aurelio Arturo y Álvaro Mutis.

[23] Se sigue la clasificación propuesta por Juan Gustavo Cobo Borda (2003).

[24] Seamos justos; en su balance de siglo llamado *Antología: la poesía del siglo XX en Colombia,* texto editado por el prestigioso sello Visor, Cote (2006) incluye a veintiún autores, más de dos manos, así: León de Greiff, Luis Vidales, Eduardo Carranza, Aurelio Arturo, Gaitán Durán, Fernando Charry Lara, Eduardo Cote Lamus, Álvaro Mutis, Carlos Obregón, Héctor Rojas Herazo, Jaime Jaramillo Escobar, Giovanni Quessep, José Manuel Arango, Darío Jaramillo Agudelo, María Mercedes Carranza, Juan Gustavo Cobo Borda, Raúl Gómez Jattin, Juan Manuel Roca, Álvaro Rodríguez, Piedad Bonnet y William Ospina.

[25] El autor de estas páginas se encuentra en esas páginas.

[26] Sobre sus criterios de escogencia, dicen sus autoras: "la selección de los poemas se valió de la sensibilidad y el gusto de sus compiladoras. La escogencia de los poetas tuvo como criterio principal que ellos hubieran publicado su primer libro entre el año 1980 y 2000. Luego la selección estuvo marcada por criterios, sin duda injustos y excluyentes, como que los poetas hubieran obtenido premios y menciones en concursos de poesía nacionales e internacionales, contaran con más de dos libros publicados y hubieran sido incluidos en antologías de poesía colombiana. Esperamos que los lectores sepan perdonar estar arbitrariedad. Por último hay que decir que esta antología quiere ser apenas un abrebocas a la riqueza y la variedad de la obra de los poetas aquí incluidos y a la poesía misma, que es en últimas lo que nos interesa" (Arango & Correa, 2006).

[27] Y toda revista su lista: celebrando los 20 años de existencia de Luna Nueva, "se les solicitó a doce poetas y narradores colombianos los diez poemas que en su personal gusto consideraran los mejores de la poética nacional a partir del siglo XX". Sólo una firma no concurrió al llamado, por razones de salud. En Luna Nueva (2007).

[28] Horacio Benavides nació en 1949 y Felipe García Quintero en 1973. Benavides podría ser el padre de Quintero; no lo es, que yo lo sepa.

[29] Víctor Bustamente dirige, desde Medellín, un grupo llamado *Neonadaísmo*. Su blog se presenta así: "este blog hace parte de una revisión de los textos iniciáticos nadaístas con el propósito de mantener nuestra fe intacta en algunos de ellos. Podríamos decir que es una versión remasterizada, con inyecciones letales de cinismo y humor negro, de esta doctrina creada, simultáneamente, en Medellín y Cali, a mediados del siglo pasado. Mantenemos la fe intacta en la creación libre, somos iconoclastas por naturaleza".

[30] Harold Bloom dixit.

[31] Verso de Walt Whitman.

[32] Dice Bloom: "la profecía canónica tiene que ser puesta a prueba unas dos generaciones después de la muerte del escritor" (Bloom, 2002). Así las cosas, un esfuerzo como el de Cadavid es, por lo menos, apresurado.

Referencias

Aguiar e Silva, Víctor Manuel. (1972). *Teoría de la literatura.* Madrid: Gredos.

Alvarado Tenorio, H. (2013). Raúl Gómez Jattin. 1945- 1997. *Ajuste de cuentas: una antología crítica de la poesía colombiana del siglo XX*. Obtenido de www.antologiacriticadelapoesiacolombiana.com

Álvarez, Al. (1999). *El dios salvaje: un estudio del suicidio.* Bogotá: Norma.

Arango, Catalina, & Correa, Ana Isabel. (2006). *Selección de poesía colombiana, años 80 y 90.* Bogotá: Biblioteca Virtual Luis Angel Arango- www.lablaa.org.

Arévalo, M. (2004). Robinson Quintero: la poesía es más un oficio de lectura que de escritura. *Revista Puesto de Combate* 64/65.

Barthes, Roland. (1978). Roland Barthes por Roland Barthes. Barcelona: Kairós.

Basave Fernández del Valle, Agustín (2002) ¿Qué es la poesía? Introducción filosófica a la poesía. México D. F.: Fondo |de Cultura Económica.

Bloom, Harold. (2000). *Cómo leer y porqué.* Bogotá: Norma.

_____. (2002). *El canon occidental: la escuela y los libros de todas las épocas.* Barcelona: Anagrama.

_____. (2005). ¿Dónde se encuentra la sabiduría? Bogotá: Taurus.

Bonnet, Piedad. (2003). *Imaginación y oficio: conversaciones con seis poetas colombianos.* Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Borges, Jorge Luis. (2004). *Antología poética 1923-1977*. Madrid: Alianza Editorial.

Cobo Borda, Juan Gustavo. (2003). *Historia de la poesía colombiana. Siglo XX: de José Asunción Silva a Raúl Gómez Jattin*. Bogotá: Villegas Editores.

Cote Baraibar, Ramón. (11 de Agosto de 2007). La poesía de los noventa. Periódico *El Tiempo*.

Cote Baraibar, Ramón (compilador). (2006). *Antología: la poesía del siglo XX en Colombia*. Visor, Madrid.

de Man, Paul .(1991). *Visión y ceguera: ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea.* San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

de Otero, Blas. (2000). En el principio. En *Blas de Otero, Poesía escogida.* Barcelona: Vicens Vives.

Deas, Malcolm. (2006). *Del poder y la gramática*. Bogotá: Taurus.

Díaz Granados, Federico. (2001). *Inventario a contraluz*. Bogotá: Arango Editores.

Echavarría, Rogelio. (1998). *Quién es quién en la poesía colombiana*. Bogotá: Ministerio de Cultura y El Áncora Editores.

El Tiempo. (22 de Abril de 2008). Así están los índices de lectura entre los colombianos. Periódico *El Tiempo*.

Fletcher, Angus. (2002). *Alegoría: teoría de un modo simbólico.* Madrid: Ediciones Akal.

García Aguilar, Eduardo. (22 de Julio de 2001). Diatriba contra la poesía colombiana. Periódico *El Tiempo.*

_____. (4 de Noviembre de 2007). El fantasma de Porfirio Barba Jacob. Diario *Excelsior.*

García Márquez, Gabriel. (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Norma.

González Toledo, Felipe. (1998). *Locura e intriga en el asesinato y proceso de Jorge Eliécer Gaitán.* Bogotá: Editorial Panamericana.

Graham Yooll, Andrew. (21 de Abril de 2008). Antonio Caballero entrevistado por Andrew Graham Yooll. *Página 12*.

Grüner, Eduardo. (2002). *El fin de las pequeñas historias: de los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico.* Buenos Aires: Espacios del saber.

Gutiérrez Girardot, Rafael. (1980). *La literatura colombiana en el siglo XX. Manual de Historia de Colombia.* Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura. .

Jaramillo Escobar, Jaime. (1995). *Método fácil y rápido para ser poeta*. Caracas: Ediciones de la Casa de la Poesía J. A. Pérez Bonalde.

Jaramillo Uribe, Jaime. (1997). *Travesías por la historia.* Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República.

Jiménez, Arturo. (28 de Abril de 2008). La poesía de América Latina se ha vuelto piernijunta: Gonzalo Rojas. *La Jornada*. Tomado de http://www.jornada.unam.mx/2007/04/29/index.php?section=cultura&article=a06n1cul.

Jiménez, David (1992). La nueva poesía desde 1970. En *Gran Enciclopedia de Colombia*, tomo IV. Bogotá: Círculo de Lecturas.

Luna Nueva. (2007). *Once miradas a la poesía colombiana*. Tuluá: Luna Nueva.

Malatesta, Julián. (2003). *Poéticas del desastre. Aproximación crítica a la poesía del Valle del Cauca en el siglo XX*. Primera edición, 2000. Programa Editorial Universidad del Valle.

_____. (2007). *La imagen poética*. Cali: Universidad del Valle.

Moreno Durán, R. H. (Julio de 1987). Por una escritura disidente. Magazín Dominical de *El Espectador* No. 226.

Mutis Durán, Santiago. (2007). Dos reseñas por SMD. *Ciudad viva.* Bogotá: Publicación de la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte de la Alcaldía Mayor de Bogotá. D.C.

Ospina, William (1996). Colombia: el proyecto nacional y la franja amarilla. Revista *Número* 9.

Palacios, Marco y Safford, Frank. (2006). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida.* Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Paz, Octavio. (1974). *El mono gramático*. Barcelona: Seix Barral.

_____. (1985). *Los hijos del limo / Vuelta*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.

_____. (1998a). El arco y la lira. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

_____. (1998b). El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El Laberinto de la soledad. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Roca, Juan Manuel (compilador). (2007). *La casa sin sosiego, la violencia y los poetas colombianos del siglo XX.* Bogotá: Taller de Edición.

Rowe, Canaparo, Louis (compiladores). (2000). *Jorge Luis Borges: intervenciones sobre pensamiento y literatura*. Buenos Aires: Paidós.

Samper Pizano, D. (11 de Julio de 2003). Me estoy diciendo adiós: la despedida de María Mercedes Carranza. Periódico *El Tiempo*.

Solarte Lindo, Guillermo. (1998). *No pasa nada: una mirada a la guerra.* Bogotá: Tercer Mundo e Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura.

Tabare, Fernell. (21 de Febrero de 2008). Panorama actual de la poesía colombiana. Entrevista a Jorge Cadavid: una visión a través de los años hacia el futuro. www.eleducador.com.

The Paris Review. (1997). *Confesiones de escritores: poetas.* Buenos Aires: Librería Editorial El Ateneo.

Trujillo, Patricia. (2003). Periodos y generaciones en la historia de la poesía colombiana del siglo XX. En *Literatura: teoría, historia, crítica* 5. Bogotá: Departamento de Literatura, Universidad Nacional de Colombia.

Vallejo, César. (1991). *Trilce*. Madrid: Cátedra

Vallejo, Fernando. (1995). *Chapolas negras*. Bogotá: Alfaguara.

Recibido: 30 de abril / Aprobado: junio 1 de 2015